

una ambicion desmedida , que pretendian dominar el mundo; ahora, poniéndolos en parangon con sus adversarios , se les echa en cara el que estos trastornaron el mundo , y se alega este mérito para deprimirlos á ellos. En verdad que los jesuitas no intentaron jamas imitar en este punto á sus enemigos; y en cuanto al espíritu de turbulencia y trastorno , ceden gustosos la palma, á quien de derecho corresponda.

Por lo que toca á los hombres grandes , si se habla de aquel grandor que cabe en las empresas de los ministros de un Dios de paz, tuvieron los jesuitas esas calidades en un grado superior á todo encarecimiento. Ora se tratase de los mas áduos negocios, ora de los mas colosales proyectos científicos y literarios, ora de viajes dilatados y peligrosos, ora de misiones que trajeran consigo los riesgos mas inminentes , nunca se quedaron atrás los jesuitas; antes al contrario , manifestaron un espíritu tan atrevido y emprendedor , que les granjeó el mas alto renombre. Si los hombres grandes de que nos habla Mr. Guizot, son los inquietos tribunos que acaudillando un pueblo sin freno perturbaban la tranquilidad pública; si eran los militares protestantes , que se distinguieron en las guerras de Alemania , de Francia y de Inglaterra; la comparacion carece de sentido , nada significa; pues que sacerdotes y guerreros , religiosos y tribunos , pertenecen á órden tan diferente, sus obras llevan un carácter tan diverso, que el parangon es imposible.

La justicia exigia , que tratándose de formar paralelos de esta naturaleza, no se tomasen los jesuitas por extremo de comparacion con los protestantes, á no ser que se hablase de los ministros reformados; y aun en este caso no hubiera sido del todo exacta, pues que en la gran contienda de las dos religiones, no se han encontrado solos los jesuitas en la defensa del Catolicismo. Grandes prelados , santos sacerdotes , sabios eminentes , escritores de primer órden, ha tenido la Iglesia durante los tres últimos siglos, que sin embargo no pertenecieron á la compañía ; esta fué uno de los principales atletas, pero no el único. Si se queria comparar el Protestantismo con el Catolicismo, á las naciones protestantes era menester oponerles las naciones católicas , con sacerdotes comparar otros sacerdotes, con sabios otros sabios, con políticos otros políticos , con guerreros otros guerreros ; lo contrario es confundir monstruosamente los nombres y las cosas , y contar

mas de lo que conviene con la poca inteligencia y extremada candidez de oyentes y lectores. A buen seguro , que siguiéndose el indicado método , no apareceria el Protestantismo tan brillante, tan superior, como pretendió mostrarle el publicista : ni en la pluma, ni en la espada, ni en la habilidad política, bien sabe Mr. Guizot que los católicos no ceden á los protestantes. Ahí está la historia , consultadla.

CAPITULO XLVII.

AL fijar la vista sobre el vasto é interesante cuadro que despliegan á nuestros ojos las comunidades religiosas, al recordar su origen, sus varias formas, sus vicisitudes de pobreza y de riquezas , de abatimiento y de prosperidad , de enfriamiento y de fervor, de relajacion y de austeras reformas ; al pensar en la influencia que bajo tantos aspectos han ejercido sobre la sociedad, hallándose esta en las situaciones mas diferentes ; al verlas subsistir todavía , retoñando acá y acullá , á pesar de todos los esfuerzos de sus enemigos, pregúntase uno naturalmente : y ahora ¿cuál será su porvenir? en unas partes se han disminuido , como va cayendo un muro sordamente minado por el tiempo, en otras desaparecieron en un instante, como arboleda arrasada por el soplo del huracan ; y además , á primera vista pudieran parecer condenadas sin apelacion por el espíritu del siglo. La entronizacion de la materia extendiendo por todas partes sus dominios, consintiendo apenas un instante de tiempo al espíritu para recogerse á meditar, y no dejando casi lugares en la tierra donde no llegue el estrépito del movimiento industrial y mercantil, diríase que viene á confirmar el fallo de la filosofia irreligiosa , contra una clase de hombres consagrados á la oracion , al silencio y á la soledad. Sin embargo los hechos van desmintiendo esas conjeturas; y mientras el corazon del cristiano conserva todavía halagüeñas esperanzas , que se van robusteciendo y avivando mas

y mas cada dia; mientras admira la mano de la Providencia que así lleva á cabo sus altos designios, burlando los vanos pensamientos del hombre, ofrécese tambien al filósofo campo anchuroso de meditaciones, para calcular el porvenir probable de las comunidades religiosas, y columbrar la influencia que les está reservada en los destinos de la sociedad.

Ya hemos visto cual es el verdadero origen de los institutos religiosos; hémosle encontrado en el mismo espíritu de la religion católica; y la historia confirma nuestro juicio en esta parte, diciéndonos que estos institutos han aparecido donde quiera que se estableció la religion. Con esta ó aquella forma, con estas ó aquellas reglas, con este ó aquel objeto; pero el hecho es siempre el mismo; de lo que podemos inferir, que donde el Catholicismo se conserve, volverán á presentarse de una u otra manera. Este es un pronóstico, que puede hacerse con entera seguridad; no es de temer que le desmientan los tiempos.

Vivimos en un siglo anegado en un materialismo voluptuoso: lo que se llama intereses positivos, ó en términos mas claros el oro y los placeres, han adquirido tal ascendiente que al parecer hay algun riesgo de que ciertas sociedades retrocedan á las costumbres del paganismo, cuya religion venia á ser en el fondo la divinizacion de la materia. Pero en medio de este cuadro tan afflictivo, cuando el espíritu está angustiado y pronto á desfallecer, nótese que el alma del hombre no ha muerto aun, y que la elevacion de ideas, la nobleza y dignidad de los sentimientos, no están desterradas del todo de la faz de la tierra. El espíritu humano se siente demasiado grande para limitarse á objetos pequeños; conoce que puede remontarse mas alto todavía que un globo henchido de vapor.

Reparad lo que sucede con respecto al adelanto industrial. Esas máquinas humeantes que salen de nuestros puertos con la velocidad de una flecha para atravesar la inmensidad de los mares; esas otras que cruzan las llanuras, que penetran en el corazon de las montañas, que realizan á nuestros ojos lo que hubiera parecido un sueño á nuestros antepasados; esas otras que comunican movimiento á colosales fábricas, y que semejantes á la accion de un mago, hacen jugar un sinnúmero de instrumentos para elaborar con indecible precision los productos mas exquisitos; todo esto por grande, por admirable que sea, ya no nos asombra,

ya no llama mas vivamente nuestra atencion, que la generalidad de los objetos que nos rodean. El hombre siente que es mas grande todavía que esas máquinas, que esos artefactos; su corazon es un abismo que con nada se llena; dádle el mundo entero, y el vacío será el mismo. La profundidad es insondable; el alma criada á imágen y semejanza de Dios, no puede estar satisfecha sino con la posesion de Dios.

La religion católica está avivando de continuo esos altos pensamientos, señala sin cesar con el dedo ese inmenso vacío. En los tiempos de la barbarie, colocóse en medio de pueblos groseros é ignorantes, para conducirlos á la civilizacion; ahora permanece entre los pueblos civilizados para prevenirlos contra la disolucion que les amenaza. Nada le importan, ni la frialdad ni el desprecio con que le responden la indiferencia y la ingratitude; ella clama sin cesar, dirige infatigable sus amonestaciones á los fieles, hace resonar su voz á los oidos del incrédulo, y se conserva intacta, inmutable, en medio de la agitacion é inestabilidad de las cosas humanas. Así vemos esas admirables basílicas que nos ha legado la antigüedad mas remota, permanecer enteras al través de la accion de los tiempos, de las revoluciones y trastornos; en rededor de ellas se levantan y desaparecen sucesivamente las habitaciones del mortal, los palacios del poderoso como la choza del pobre; el negruzco edificio se presenta como una aparicion misteriosa y sombría en medio de una campiña halagüeña y de las brillantes fachadas que la rodean; su gigantesca cúpula anonada todo cuanto se encuentra á sus inmediaciones; su atrevida flecha se remonta hasta el cielo.

Los trabajos de la religion no quedan sin fruto: los entendimientos mas claros van conociendo su verdad; y aun aquellos que se resisten á sometérsele en obsequio de la fé, confiesan su belleza, su utilidad, su necesidad; la miran como el hecho histórico de la mayor importancia, y están acordes en que de ella dependen el buen orden y la felicidad de las familias y de los estados. Pero Dios que vela por la conservacion de la Iglesia, no se contenta con esas confesiones de la filosofía; raudales de omnipotente gracia descenden de lo alto, el Espíritu Divino se derrama y renueva la faz de la tierra. De en medio del bullicio de un mundo corrompido é indiferente, lánzase á menudo hombres privilegiados, cuyas frentes ha tocado la llama de la inspiracion, y

cuyos corazones están abrasados por el fuego de celeste amor. En el retiro de la soledad, en la meditacion de las verdades eternas, adquieren el alto temple de alma, necesario para llevar á cabo las mas arduas empresas; y arrostrando la burla y la ingratitud, se consagran al servicio y consuelo de la humanidad desgraciada, á la educacion de la infancia, á la conversion de los pueblos idólatras. La religion católica subsistirá hasta la consumacion de los siglos; y mientras ella dure, existirán esos hombres privilegiados que Dios separa de los demas para llamarlos ó á una santidad extraordinaria, ó al consuelo y alivio de los males de sus hermanos; y esos hombres se buscarán recíprocamente, se reunirán para orar, se asociarán para ayudarse en sus designios, pedirán la bendicion apostólica al Vicario de Jesucristo y fundarán institutos religiosos. Que sean los antiguos pero modificados, que sean otros enteramente nuevos, que tengan esta ó aquella formá, este ó aquel método de vida, que vistan este ó aquel traje; todo esto nada importa: el origen, la naturaleza, el objeto no habrán variado en su esencia; en vano los esfuerzos del hombre se opondrán á los milagros de la gracia.

El mismo estado de las sociedades actuales reclamará la existencia de institutos religiosos; porque cuando se haya examinado mas á fondo la organizacion de los pueblos modernos, cuando el tiempo con sus amargas lecciones, con sus terribles desengaños, haya podido aclarar algo mas la verdadera situacion de las cosas, se palpará que en el órden social como en el político, se han padecido mayores equivocaciones de lo que se cree todavía; á pesar de lo mucho que se han rectificado ya las ideas, merced á tantos y tan dolorosos escarmientos.

Es evidente que las sociedades actuales carecen de los medios que han menester para hacer frente á las necesidades que les aquejan. La propiedad se divide y subdivide mas y mas, y va haciéndose todos los dias mas inconstante y movediza; la industria aumenta sus productos de un modo asombroso; el comercio va extendiéndose en escala indefinida; es decir, que se está tocando el término de la pretendida perfeccion social, señalado por esa escuela materialista que no ha visto en los hombres otra cosa que máquinas, ni ha imaginado que la sociedad pudiese encaminarse á objeto mas útil y grandioso, que á un inmenso desarrollo de los intereses materiales. En la misma proporcion del aumento de los

productos ha crecido la miseria; y para todos los hombres previsores, es claro como la luz del dia, que las cosas llevan una direccion errada; que si no puede acudirse á tiempo, el desenlace será fatal; y que esa nave, que marcha veloz con viento en popa y á velas desplegadas, se encamina derechamente á un escollo donde perecerá. La acumulacion de riquezas causada por la rapidez del movimiento industrial y mercantil, tiende al planteo de un sistema que explote en beneficio de pocos el sudor y la vida de todos; pero esta tendencia halla su contrapeso en las ideas niveladoras que bullen en tantas cabezas, y que formulándose en diferentes teorías, atacan mas ó menos á las claras la actual organizacion del trabajo, la distribucion de sus productos, y hasta la propiedad. Masas inmensas, sufriendo la miseria y privadas de instruccion y de educacion moral, se hallan dispuestas á sostener la realizacion de proyectos criminales é insensatos, el dia que una funesta combinacion de circunstancias haga posible el ensayo. No es necesario confirmar con hechos las tristes aserciones que acabo de emitir; la experiencia de cada dia las confirma demasiado.

En vista de situacion semejante, puédesse preguntar á la sociedad, ¿de qué medios dispone, ni para mejorar el estado de las masas, ni para dirigir las y contenerlas? Claro es, que para lo primero no basta la inspiracion del interés privado, ni el instinto de conservacion de las clases mas acomodadas. Estas, propiamente hablando, tales como existen en la actualidad, no tienen el carácter de clase, no hay mas que un conjunto de familias, que salieron ayer de la oscuridad, y de la pobreza, y que marchan rápidamente á hundirse allí mismo de donde salieron; cediendo así el puesto á otras que van á recorrer el mismo círculo. Nada se descubre en ellas de fijo ni estable; viven en el dia de hoy sin pensar en el de mañana; no son como la antigua nobleza cuya cuna se perdía en las tinieblas de la antigüedad mas remota, y cuya organizacion y robustez prometian largos siglos de vida. En este caso podia seguirse un sistema, y se seguia en efecto; porque lo que vivia hoy estaba seguro de vivir mañana. Ahora todo es inconstante, movedizo; los individuos como las familias se afanan para amontonar; pero su sed de tesoros no es para fundar el apoyo que haya de sostener al través de los siglos la ostentacion y el aparato de una casa ilustre; se atesora hoy, para

gozar hoy mismo; y el presentimiento de la poca duracion, atenta el vértigo del frenesí disipador. Pasaron aquellos tiempos en que las familias opulentas se esmeraban á porfía para fundar algun establecimiento duradero, que atestiguase su generosidad, y perpetuase la fama de su nombre; los hospitales y demas casas de beneficencia no salen de las arcas de los banqueros, como salian de los antiguos castillos, abadías, é Iglesias. Es preciso confesarlo, por mas triste que sea; las clases acomodadas de la sociedad actual no cumplen el destino que les corresponde; los pobres deben respetar la propiedad de los ricos; pero los ricos á su vez están obligados á socorrer el infortunio de los pobres; así lo ha establecido Dios.

Infírese de lo que acabo de exponer, que falta en la organizacion social el resorte de la beneficencia. Esta se ejerce, es verdad; pero como un ramo de administracion; y téngase presente que la administracion no constituye la sociedad; la supone ya existente, formada; y cuando se pide la salvacion de esta á los medios puramente administrativos, se intenta una cosa que está fuera del orden de la naturaleza. En vano se imaginarán nuevos expedientes, en vano se tratarán ingeniosos planes, en vano se tantearán nuevos ensayos; la sociedad ha menester un agente de mas alcance. Necesario es que el mundo se someta ó á la ley del amor, ó á la ley de la fuerza, á la caridad ó á la esclavitud: todos los pueblos que no han tenido la caridad, no han encontrado otro medio de resolver el problema social, que el de sujetar el mayor número á ese estado degradante. La razon enseña, y la historia acredita, que el orden público, que la propiedad, que la sociedad misma, no pueden subsistir sino optando entre dichos extremos; las sociedades modernas no podrán eximirse de la ley general; los síntomas que nosotros presenciamos indican de una manera nada equívoca los acontecimientos reservados á las generaciones que nos han de suceder.

Afortunadamente existe todavía sobre la tierra el fuego de la caridad; pero le precisan á estar entre cenizas la indiferencia y las preocupaciones impías, alarmándose con las chispas que despiden de vez en cuando, como si amenazara con funesto incendio. Aumentando el desarrollo de las instituciones basadas exclusivamente sobre la caridad, palparíanse en breve los saludables resultados y la superioridad que llevan sobre todo cuanto se funda

en principios diferentes. No es dable hacer frente á las necesidades indicadas, sino organizando en una vasta escala sistemas de beneficencia regida por la caridad; y esa organizacion no puede plantearse sin institutos religiosos. Es indudable que los cristianos viviendo en medio del siglo pueden formar asociaciones que llenen mas ó menos cumplidamente dicho objeto; pero quedan siempre un sinnúmero de atenciones que no pueden cubrirse sin la cooperacion de hombres exclusivamente consagrados á ellas. Necesítase además un núcleo, que sirva de centro á todos los esfuerzos, y que ofreciendo en su propia naturaleza una garantía de conservacion impida las interrupciones, los vaivenes, inevitables cuando concurren muchos agentes que no tienen entre sí un lazo bastante fuerte para preservarlos de la separacion, de la dispersion y quizás de la lucha.

Este vasto sistema, de que estamos hablando, debe extenderse no solo á los ramos de beneficencia, tales como se los entiende comunmente, sino tambien á la educacion é instruccion de la clase mas numerosa. La fundacion de escuelas será estéril cuando no dañosa, mientras no estén cimentadas sobre la religion; y este cimiento será solo de nombre, mientras la direccion de ellas no pertenezca á los ministros de la religion misma. El clero secular puede llenar una parte de estas atenciones, pero no todas: ni su número ni sus otros deberes le permiten extender su accion en la escala dilatadísima que reclaman las necesidades de la época. De lo que se infiere, que la propagacion de los institutos religiosos tiene en la actualidad una importancia social, que no puede desconocerse, si no se quieren cerrar los ojos á la evidencia de los hechos.

Reflexionando sobre la organizacion de las naciones europeas, échase de ver desde luego, que alguna causa funesta ha torcido su verdadera marcha; pues que se hallan indudablemente en una posicion tan singular, que no puede haber sido el resultado de los principios que les dieron origen é incremento. Salta á los ojos, que esa muchedumbre innumerable que se halla en medio de la sociedad, disponiendo libremente de todas sus facultades, no la podido, en el estado en que se halla, entrar en el primitivo diseño, en el plan de la verdadera civilizacion europea. Cuando se crean fuerzas, es necesario saber qué se hará de ellas, como se les ha de comunicar movimiento y direccion; de lo contrario, so-

lo se preparan rudos choques, agitacion indefinida, desórdenes destructores. El maquinista que no puede introducir en su artefacto una fuerza, sin quebrantar la armonía de las otras, se guarda muy bien de emplearla; y sacrifica gustoso la mayor velocidad, el mayor impulso del sistema, á las indispensables exigencias de la conservacion de la máquina y del orden y utilidad de las funciones. En la sociedad actual existe esta fuerza, que no se halla en armonía con las otras; y los encargados de la direccion de la máquina se toman escaso trabajo para obtener esa armonía que falta. Ningun medio eficaz obra sobre las masas del pueblo, si no es una sed ardiente de mejorar de situacion, de alcanzar comodidades, de obtener los goces de que disfrutaban las clases ricas; nada para inclinarlas á resignarse á la dureza de la suerte, nada para consolarlas en su infortunio, nada para hacerles llevar los males presentes, con la esperanza de mejor porvenir; nada para inspirarles el respeto á la propiedad, la obediencia á las leyes, la sumision al gobierno; nada que engendre en sus ánimos la gratitud por las clases poderosas, que temple sus rencores, que disminuya su envidia, que amanse su cólera; nada que eleve sus pensamientos sobre las cosas de la tierra, que despegue sus deseos de los placeres sensuales; nada que forme en sus corazones una moralidad sólida, bastante á contenerlas en la pendiente del vicio y del crimen.

Si bien se observa, para poner un freno á esas turbas, los hombres del siglo cuentan con tres medios; ellos los consideran como suficientes, pero la razon y la experiencia los muestran muy ineficaces, y algunos hasta dañosos: el interés privado bien entendido, la fuerza pública bien empleada, y el enervamiento de los cuerpos con el enflaquecimiento del ánimo, que apartan á la plebe los medios violentos. "Hagámosle entender al pobre, dice la filosofía, que él tiene tambien un interés en respetar la propiedad del rico; que sus facultades y su trabajo son tambien una verdadera propiedad, la cual á su vez no demanda menos respeto que las otras; mantengamos una fuerza pública imponente, siempre en disposicion de acudir al punto de peligro y de ahogar en su nacimiento las tentativas de desorden; organicemos una policia, que como inmensa red se extienda sobre la sociedad, y á cuya escudriñadora mirada nada pueda sustraerse; abrevemos al pueblo con todo género de goces baratos, y proporcionémosle los

medios de imitar en sus groseras orgías, los refinados placeres de nuestros teatros y salones: así sus costumbres se endulzarán, es decir, se enervarán; así la plebe será impotente para realizar grandes trastornos, sintiendo la flaqueza en su brazo, y la cobardía en su pecho." De esta suerte puede formularse el sistema de los que se proponen dirigir la sociedad, y enfrenar las pasiones perturbadoras; sin echar mano de la religion.

Detengámonos un instante en el exámen de esos medios. Muy fácil es escribir en bellas páginas, que el pobre tiene un interés en respetar la propiedad del rico, y que por esta sola consideracion le conviene el procurar la conservacion del orden establecido, aun dejando aparte todos los principios morales, todo cuanto se aparta del interés puramente material; es muy fácil escribir libros enteros exponiendo semejantes doctrinas; pero la dificultad está en hacerlo entender así al desgraciado padre de familia, que encadenado todo el dia á un rudo trabajo; sumergido en una atmósfera ingrata y mal sana, ó sepultado en las entrañas de la tierra excavando una mina; puede ganar apenas el sustento necesario para sí y para sus hijos; y que á la noche al entrar en su mugrienta habitacion, en vez de reposo y de alivio encuentra el llanto de su mujer y de sus hijos que le piden un bocado de pan.

En verdad no es extraño, que semejante teoría no halle lisonjera acogida entre aquellos miserables; y que á tanto no pueda remontarse su inteligencia, que alcance cumplidamente la paridad entre los pobres y los ricos, por lo tocante al interés de todos en el respeto debido á la propiedad. Lo diremos sin rebozo: si se destierran del mundo los principios morales, si se quiere cimentar exclusivamente sobre el interés privado el respeto debido á la propiedad, las palabras dirigidas á los pobres no son más que una solemne impostura; es falso que su interés privado esté identificado del todo con el interés del rico. Suponed la revolucion mas espantosa; imaginad que se trastorna radicalmente el orden establecido, que el poder sucumbe, que todas las instituciones se hunden, que las leyes desaparecen, que las propiedades se reparten ó quedan abandonadas al primero que de ellas se apodere; por de pronto el rico pierde; en esto no cabe duda; veamos lo que sucede ó puede suceder al pobre. ¿Le robarán su miserable ajuar? nadie pensará en ello: la miseria no tienta la codicia. Me diréis que le faltará el trabajo, y que en pos vendrá el